

¿POR QUÉ COMPONEMOS?

John Paynter

Es algo de lo más natural para todo ser humano el hecho de crear música. Incluso ahora, mirando hacia atrás en este siglo XX con su extraordinario record de logros científicos, en todo el mundo las personas siguen creando canciones y danzas intuitivamente de un modo muy parecido al que venían haciéndolo desde hace miles de años. Una parte muy pequeña de la música que aparece diariamente es creada por aquellos a quienes llamamos “músicos entrenados” o “músicos profesionales”.

Desgraciadamente, este mismo hecho nos crea problemas en la Educación Musical. Si inventar música es intuitivo, ¿quiénes somos nosotros para intervenir?, ¿por qué deberíamos tratar de ayudar a los alumnos a mejorar sus composiciones?, ¿no será suficiente el hecho que lo hagan?, ¿no es bastante obvio que los niños inventen cualquier cosa que está en su imaginación? No están preocupados con aspectos elevados como “estructura” y “forma”, están simplemente respondiendo imaginativamente a un estímulo.

Les gustan los sonidos que descubren, disfrutan tocándolos y creando patrones, y pueden idear pequeños “cuadros” musicales para representar situaciones, animales u otros temas. ¿Es que componer música trata solamente de sentimiento y emoción y es algo en que un profesor no debería inmiscuirse ni influenciar al alumno? Compositores de renombre parecen compartir este punto de vista: Ravel, por ejemplo, al afirmar que “sentimiento y emoción son el verdadero contenido de una obra de arte.”

Eso es verdad, pero la equivocación es concebir que el sentimiento y la emoción estén completamente divorciados y sean opuestos al “pensamiento”. Esto ha tendido a que los profesores de niños más pequeños teman o no se atrevan a comentar y hacer notar aspectos musicales a sus alumnos, ya que parten de la base que los niños han hecho solamente “lo que sienten”; mientras que con los alumnos mayores la tendencia es evitar toda referencia de lo que sienten y concentrarse en aspectos técnicos que son presentados como “reglas”. En ninguno de los casos los alumnos están recibiendo ayuda efectiva para realmente superarse y crecer por medio de su creación musical.

Nuestros sentimientos pueden parecer involuntarios e irracionales pero son, obviamente, actividades de la mente. Incluso la obra más intuitiva creada por un

niño muy pequeño es reconocida como música sólo porque se puede escuchar como música. Esto es un proceso que comienza, se desenvuelve (o vive) y termina, y en el cual los sonidos se suceden unos a otros o se combinan de diferentes maneras. Por muy espontáneo o natural que fuere este proceso de creación, hay puntos o momentos en los cuales hay cosas que cambian: aparecen algunas cosas o ideas sonoras que no se escuchan nuevamente; algunas cosas o ideas musicales duran poco tiempo y otras duran más; algunos pasajes o momentos son progresivos de modo tal que sentimos la energía o el "impulso" de avance de la música; otros tienen un efecto recesivo; la música se torna más calmada, más lenta o más suave (menor intensidad) hasta que parece que quisiera detenerse por su propia voluntad.

Lo que sucede con la música que escuchamos es el resultado de decisiones -no son necesariamente decisiones conscientes, pero son decisiones de todos modos- que han sido tomadas por quienquiera que en ese momento crea su música, y los momentos precisos en los cuales se producen cambios son cruciales para su resultado. Ya que -como trataré de demostrar- toda expresión musical, ya sea simple o compleja y de cualquier estilo u origen cultural, se comporta de este modo, podríamos concluir que el modo más seguro para ayudar a los alumnos a mejorar su composición musical es animarlos y alentarlos a reflexionar acerca del proceso musical esencial, no como reglas abstractas, pero sí en directa relación con lo que ellos mismos componen.

<http://journals.cambridge.org/action/displayIssue?jid=BME&volumeId=25&issueId=01&iid=1815552#>

Traducción: Carmen Lavanchy